



**Eugenio de Ochoa**

## **El emigrado**

Lejos, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer o ridiculizar al infortunio, mas ni aún de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que a todos debe inspirar la triste suerte de los proscritos. En todos tiempos la proscripción se ha considerado como el más duro de los castigos, después de la pena de muerte. Apartar a un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos a la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional; condenarle implícitamente al aislamiento y a la miseria, ¿no es, por ventura, un resto de la antigua barbarie? ¿No es éste un acto impío y abominable a los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo o el pretexto de este tremendo castigo es ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiación impuesta a la virtud y al genio por el egoísmo y la medianía.

Circunscribiéndonos a nuestra España, es cierto que los hombres que más la honran en virtud, en letras y en armas, han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sanción del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digámoslo así, el carácter de emigrado; pero a la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha llegado a formarse una turba

parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesión, la emigración en industria, y que son a la respetable clase de los verdaderos emigrados lo que es la moneda falsa a la de buena ley: una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente emigrado, que son el legítimo y el bastardo, hay una multitud de matices que, aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego, se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente inconmensurable, cuales son el emigrado rico y el emigrado pobre; estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instrucción, de talento, de carácter, separan mucho a los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigración que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¡qué digo!, verdaderas líneas matemáticas en comparación del insondable abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, emigrado o no emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido, ¿con quién se ha de rozar más que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general; a esta regla hay muchas excepciones, honrosas para los pobres que las forman, más honrosas todavía para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos más de lo que generalmente se cree. Hay también emigraciones temporales y emigraciones perpetuas; éstas pueden incluirse en la categoría de las forzosas, pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el exceso de la población respectivamente a los recursos del terreno. Ésta es la causa más general de las emigraciones; de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemana y alguna de nuestras provincias del Norte. Excusado es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. Emigrado, en la acepción en que tomamos aquí esta voz, que es en el día la más común, es el hombre que no puede residir en su patria bajo la protección de la ley común, que es la que generalmente se llama el emigrado político, único en que por ahora vamos a ocuparnos. Obsérvese bien la expresión que hemos subrayado, bajo la protección de la ley común, porque ella es la que expresa cuál es el verdadero carácter que distingue al emigrado en la gran familia social. La ley común no alcanza al emigrado; éste está sujeto a la ley excepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el emigrado, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demás ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposición para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que media entre lo que hemos llamado el emigrado legítimo y el bastardo. Supongamos que entran en España y son cogidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito o un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un emigrado; el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo a la ley que

rige para todos los españoles; el segundo lo será en virtud de una ley excepcional, dictada siempre por la pasión, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condición del emigrado, ésta es la causa por que en todos los países cultos donde no dominan las pasiones o la injusticia que dictaron la ley de proscripción, se mira a los emigrados con respeto y se los acoge como a hermanos; ésta es en fin, la razón por que conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los emigrados la categoría de los que lo son por motivos políticos de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos: en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales que puede justificar cumplidamente la opinión política del delincuente. Es admirable, sin embargo, ver hasta qué grado se hacen ilusión en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fe miraban como emigrado político al asesino o ladrón fugado que mató o robó su color de exaltación en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejaran de ser ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por sólo ejercerlos contra personas de distinta opinión. ¡Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigración, o más bien proscripción que pudiéramos llamar legal, porque es el triste fruto de una ley, por lo general inicua, hay otra más triste todavía, y no menos común en estos tiempos, que es aquella que se origina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porción del pueblo de los furores del populacho, siempre dispuesto a ponerse del lado del partido vencedor y a ensangrentar su victoria. Esto hace que sea todavía más difícil de definir exactamente al emigrado y distinguir bien al verdadero del falso, pues hay, en efecto, muchos hombres a quienes no condena ley alguna escrita y que, sin embargo, no pueden volver a su patria sin arriesgar su vida; justo es, por consiguiente, considerarlos como verdaderos emigrados y tratados con el respeto a los tales debido, aunque, por desgracia, ésta es la clase a cuya sombra pululan más impostores o falsos emigrados. No todos pueden inventar una ley que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razón o sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal o cual población, y acógense, por consiguiente, al sagrado carácter de verdaderos emigrados. De aquí resulta que si el populacho no tomara, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez y verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales o inocentes, si tenían razón o no en el punto que dio ocasión a la discordia, las emigraciones serían mucho menos frecuentes, menos numerosas y, por de contado, menos duraderas. Verdad es que, después de verificada la emigración, suele ésta convertirse en destierro, porque el gobierno, o el partido que se apodera de él, niega la entrada o cierra las puertas de su país al que le abandonó voluntariamente, y crea un delito especial que, a falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse delito de emigración, como si ésta por sí sola pudiese ser jamás un delito. Esta sola consideración, que no tratamos ahora de amplificar, daría suficiente materia para un largo tratado de derecho público, y es una de las

infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas y morales en la culta Europa. La misma consideración basta para que desde luego resulten también patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigración, que son la de los proscritos y la de los simples emigrados. Generalmente se confunden, y para los resultados vienen a ser ambas, en efecto, una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad y la de los que viven en depósito.

Nada más triste y monótono que la vida de los emigrados pobres en los depósitos donde los confina la policía del país en que van a refugiarse. Estos depósitos suelen ser, por lo común, lugares de corta población y, por consiguiente, de escasísimos recursos. Yo he recorrido de aficionado algunos de ellos, y jamás olvidaré la impresión de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria y, siento decirlo, a veces de tanta degradación. La razón de esto último es muy obvia: generalmente los emigrados que se resignan a quedarse en los depósitos (pues rara vez se les niega la traslación a otros puntos a los que la solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del país) son aquellos a quienes ha dotado la suerte de menos recursos naturales y adquiridos, y aquellos también para quienes más atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen aún caudal o alguna instrucción, y tienen buena voluntad de trabajar pronto consiguen trasladarse a las ciudades, donde, aunque bajo la severísima inspección de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para sacar el caballo adelante, como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, también hallan medio de proporcionarse un campo más fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobreza de los depósitos. Lo que queda en éstos es, por lo general, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes y de bolsas vacías que constituye el gran fondo de toda emigración, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de individuos falten también algunos milanos, cuya misión sobre la tierra es despojar a los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella. Por miserable que sea el lugar en que establece el gobierno (sea el francés, sea el inglés, pues de éstos principalmente hablamos, como que a Francia o a Inglaterra es adonde van siempre a parar las grandes masas de nuestras emigraciones), por miserable que sea, repetimos, el lugar donde establece el gobierno un depósito, al instante como por encanto se alza en él: primero, un café con su mesa o sus mesas de billar; segundo, un garito reservado y tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice muy bien la Sagrada Escritura, no sólo de pan vive el hombre; en todas partes se observa la verdad de esta sentencia, y señaladamente en los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez, pero no hay cuidado de que falten las otras cosas de que también vive el hombre, como son el mingo, el as de oros, la copa de aniseta, etc. En esos nidos de miseria que se llaman depósitos, el juego, con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, más aún que en las más ricas poblaciones, porque allí es la distracción casi única, y en éstas hay otras muchas; el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que da el gobierno a los emigrados en depósito. Así es que sólo viéndolo puede uno formarse idea del grado de

pobreza a que llegan en ellos algunos infelices. Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenían entre todos más que un roto pantalón y tres chaquetas; cada uno de ellos se vestía alternativamente un día a la semana, y pasaba los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió, como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarísima en los depósitos, siempre chupados, exprimidos hasta el último maravedí por tres o cuatro sanguijuelas que, luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van a otro a acabar de llenarse o vaciarse en Burdeos, París o Londres, para volver en seguida a las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del emigrado que se levanta de su cama, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen que tiene posibles, viene a ser la siguiente: De su casa, donde una rústica patrona le ha servido el más frugal de los desayunos presentes, pasados y futuros, va al café a leer o a oír leer el periódico o periódicos que se reciben en el pueblo, porque lo que es esto tampoco puede faltar en ningún depósito, aunque jamás se haya visto hasta entonces en todo el distrito más papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones. La hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la llegada de los periódicos, de suerte que varía en cada punto; por la lectura de las nouvelles d'Espagne dejaría el emigrado español sus más preciados placeres: lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta con lo que voy diciendo de nuestros paisanos es aplicable, con levísimas modificaciones, a los polacos, los portugueses y los italianos, únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el día del alto honor de suministrar a Francia e Inglaterra su contingente de emigrados políticos. En todos los hombres el amor de la patria aumenta cuando están ausentes de ella, pudiendo aplicarse a este amor la conocida cuanto ingeniosa seguidilla popular:

El amor que te tengo

parece sombra;  
cuanto más apartado  
más cuerpo toma.

La ausencia es aire  
que apaga el fuego chico  
y enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan y amplifican las noticias de España, cometiendo en este comentario y ampliación todas las figuras retóricas que reconoce Herosilla y muchas más. Allí se explica cómo y por qué donde el periódico, si es de opinión contraria a la de la emigración (lo que rara vez sucede, porque ésta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado), donde el periódico, repito, dice blanco debe entenderse que aquello significa negro, ironía sutilísima, pero lícita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de cuarenta vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende y pasa en autoridad de cosa juzgada que toda España se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente: aplicación feliz de la figura llamada sinécdoque, que consiste en tomar la parte por el todo o, como decía Larra, en tomar una cosa por otra. Con estas inocentes

ilusiones conforta el emigrado su decaído espíritu y se aferra más y más en la opinión que le tiene proscrito. Estas ilusiones, aunque a veces hagan sonreír por lo erróneas, nunca, a mí a lo menos, nunca dejan de conmover a quien las oye manifestarse de buena fe: la esperanza, esa última áncoa de nuestro corazón en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce y hermosa hermana de la fe, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de befa o de desprecio. ¡Respetemos las ilusiones del proscrito! ¡Quién sabe si mañana tal vez esas ilusiones serán las nuestras! Como Damocles tenía siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros los españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigración.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que antes de un mes, y esto lo mismo un día que otro, cada emigrado habrá vuelto a su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado más, por de contado, para los militares, con un empleo muy superior para los empleados, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadros alrededor del billar para que decidan las bolas del orden que ha de seguirse en los tacazos de una guerra o de un chapeau; emprenden otros con el dominó entre dos o tres o cuatro, robado o no robado; éstos, los que carecen de metálico y de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, y aquéllos, los Rothschilds del depósito, se encaminan con grave y reposado continente, muy embozados en sus capas, a la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? Aunque es claro que lo que vamos refiriendo pasa fuera de España, para nuestro propósito es lo mismo que si pasara dentro, pues donde quiera que se juntan dos españoles, allí está España, es decir, allí están los hábitos, gustos y carácter de España. El garito en cuestión es, pues, el mismo exactamente que puede verse en la calle de \*\*\* en Madrid, o más bien en cualquier pueblo de provincia donde hay guarnición; el mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas caras morenas, enjutas y muy barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro y doblillas francesas sobre el tapete verde, aparecen y desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un napoleón de cuando en cuando, y en fin..., sí, señores, lo digo porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatín raído, un par de botas viejas, y aun también ¡oh pudor!, una espada que acaso brilló algún día con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados no se juega en ninguna parte, y sabido es que un verdadero jugador pondría su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser excesivamente vieja, fea y dura de corazón, no hay jugador en depósito y sin dinero que no la haya jugado y perdido más de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que también varía según las provincias: lo común en los depósitos es comer temprano, a la española, y todos juntos, a lo pobre. En este punto el triste emigrado pasa mil trabajos; acostumbrado al buen trato que nos damos en España, donde el refrán popular que el estómago es lo primero, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino y ético bouilli de franceses, miserable parodia de nuestro sustancioso puchero, son el

constante objeto de las maldiciones del emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre y el cólico. Lo general en Francia y en Inglaterra entre la clase acomodada es comer a las seis de la tarde; pero la gente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen a las doce o a la una, método más racional que el que ya vamos copiando de los extranjeros, en cuanto supone que no se hace del día noche, y viceversa. Claro está que para comer a esa hora es preciso haberse levantado temprano y haber disfrutado, por consiguiente, de esa hermosa luz del sol que, según todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vigilia más bien que nuestro sueño. El emigrado, pues, como hemos dicho, come en los depósitos a la hora del pueblo, es decir, alrededor de la una. Luego, fiel a los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente, a media tarde vuelve al juego, y así pasa su vida lo mismo un día que otro, que es lo que llamaría nuestro Mariana en su enérgico lenguaje una holgazanería miserable. Adviértase que hablo de lo que sucede en general. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas y muy honrosas excepciones. Oficiales, y aun generales emigrados, he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos la Ordenanza militar y el Tratado de equitación, y a quienes son familiares en el día los más recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos de estos dignos militares han estado o están en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco antes he bosquejado pinta sí a la mayoría, pero no a la universalidad.

Una regla que no tiene excepción, digámoslo con orgullo, es ésta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los españoles se han distinguido por su resignación en los trabajos, su obediencia a las leyes y su profunda y sincera gratitud a sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros países han solido desconocer su situación hasta el punto de ser un objeto de continua inquietud para las autoridades y del descontento mal disimulado de los pueblos, los españoles, lo repito, han sido modelos de su misión y decoro, de suerte que, aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que más adelante hablaremos, que han producido entre algunos males de que también haremos mención, las últimas emigraciones políticas han traído para España la de dar a conocer el noble y pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual; así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes entre los demás con particular predilección. Muchísimo tiene que agradecer, es verdad, sobre este punto a la generosa conducta observada por el gobierno de Carlos IV y por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refugiados franceses durante los furiosos de su revolución, porque ha provocado la constante correspondencia del gobierno y del pueblo francés con los nuestros, sin distinción de colores ni de opiniones y sin considerar amigos ni enemigos. Este es el signo más visible de una civilización adelantada, y el propio y verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades y se esparcen grandes riquezas que nada cuestan a los gobiernos ni a los pueblos.

Del sombrío cuadro que arriba hemos bosquejado pasemos a otro que

viene a ser su antípoda. La escena es en París; son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del hotel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco cubierto de terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas de oro, y brillante con una magnífica lumbrada, están sentados cuatro hombres de diferentes edades y cataduras; pero todos vestidos con la última elegancia, alrededor de un veladorcito de laca, sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Lléveselos un mozo con todas las apariencias de un señor, y él mismo trae y pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal inglés, lustrosa como la plata, café, chocolate y tazas adecuadas a cada uno de estos líquidos digestivos; un cajón de excelentes vegueros de la Vuelta de Abajo, verdadera basura habanera, llega en manos del mozo, que lo baja de encima de un secretaire estilo rocaille, y acaba de llenar el velador. Vase el mozo, elige y enciende cada uno de los convidados su cigarro después de haber tomado té, café o chocolate, y prosigue entre los cuatro en nuestra hermosa lengua castellana una interesante y profunda discusión sobre el mérito respectivo de las españolas y de las francesas. Estos cuatro personajes no son ni más ni menos que cuatro emigrados y, sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el Diario de los Debates, la Prensa, el Siglo y otros periódicos políticos franceses, igualmente que alguno de los nuestros: el Heraldo, la Posdatam, etcétera; sólo están desplegados y sin duda leídos, el Diario de los Teatros, un periódico de modas y el mordaz Charivari. Esta indiferencia o desdén a la política es el rasgo que más distingue al emigrado rico del pobre, y la razón es sencilla. No es, ciertamente, porque sean unos más o menos patriotas que otros, sino porque para el rico la emigración es un mal muy llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situación llena de amargura: salir pronto de ella es su sueño de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos. Esta es una prueba más de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la ley que nos imaginamos haber conseguido y disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto a dos hombres es para uno insignificante, para otro, durísimo. Esta decantada igualdad es la más monstruosa de las desigualdades y, por consiguiente, de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el emigrado rico abriga, no obstante, en su corazón un vivo apego a las cosas de su patria; así vemos a los cuatro felices proscritos que acaban de desayunarse, salir, acabada su conversación (y sustituida ya a la elegante bata del anfitrión una levita forrada de ricas pieles), y encaminarse por el boulevard a una Puerta del Sol imaginaria improvisada en la plaza Vendôme, donde encuentran a varios amigos paisanos con quienes forman bullicioso corro. Es la hora a que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches y de jinetes que van al bosque de Bolonia, y de parejas pedestres que se encaminan al jardín de las Tullerías. No pasa buena moza a quien no se le eche disimuladamente algún requiebro a la española. «Allí se fuma, de allí se baja al prado (vulgo las Tullerías); allí se decide a qué restaurador se irá a comer, en qué teatro se empezará la noche, a cuál soirée se irá después... Porque, digámoslo ya, en fin, y nos excusaremos llevar más adelante este bosquejo: el emigrado rico en

todas partes es perfectamente recibido. En realidad no tiene de emigrado más que el nombre: su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo país. Ya entra en una categoría aparte que merece también su descripción especial, porque se diferencia enteramente de la del emigrado, cual es la del español fuera de España. Por eso deben omitirse aquí muchas observaciones críticas que ocurren, y que sería injusto aplicar al emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase. El principal carácter del emigrado en general, que es el anhelo por volver a su patria, falta en el emigrado rico; fáltale también el aislamiento entre los suyos, la exclusión de todo trato con los representantes del gobierno y de su país y aun con todas las personas de distinta comunión política, que tan altamente caracteriza al emigrado.

¿Qué le queda, pues, de tal? Nada más que el nombre; ningún rasgo propio esencial le distingue de cualquier otro español no emigrado y ausente de su patria fuera del hecho material de no volver a ella. No debemos, pues, ocuparnos en él en este artículo más que como lo hemos hecho, es decir, más que por mera fórmula de recordación. Por lo mismo me abstendré de pintar al falso emigrado que hace de su usurpado título un recurso para estafar a sus paisanos. Este emigrado no es más que una variedad del caballero de industria, otro de los tipos que también merecen pintarse y en el que no renuncio a emplear mi tosco pincel; porque son tantos y tan curiosos los que me ha deparado la suerte adversa, que, sin más que apuntar unas cuantas figuras de las que más impresas se me han quedado, verá el lector cosas que le maravillarán.

Hasta aquí sólo he hablado del emigrado soltero o, a lo menos, que no lleva consigo su familia, si la tiene, que es, como naturalmente debe ser, la clase más numerosa; pero fuerza es decir algo también del emigrado con una mujer e hijos. Éste, si no es rico, en cuyo caso tenemos, lo mismo que antes dije, una familia fuera de las duras condiciones características de la emigración, es, sin disputa, el emigrado más digno de interés y lástima. Rara vez el emigrado de esta especie se fija en un depósito; rara vez también deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creído poder hacer otra cosa más que cumplir bien o mal las obligaciones de su destino, la necesidad, que, como todos saben, tiene cara de hereje, le fuerza a trabajar. En esto se distingue esencialmente del emigrado soltero, el cual, por lo común, se abstiene prudentemente de toda ocupación que pueda redituarle algún provecho. El trabajo a que más generalmente se dedica el emigrado con familia es a dar lecciones de español o a traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América: así están inundadas de traducciones increíbles; las hay tan sublimemente desatinadas, que merecerían estamparse con letras de oro para delicia de las personas de buen humor.

La casa del emigrado con familia es el punto de reunión por las noches de todos los emigrados del pueblo, o, cuando menos, del barrio, si se halla en París o en una ciudad grande. Allí se forma una verdadera tertulia, con su murmuración, sus amoríos, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algún indígena que aspira a llegar a poseer la especialidad española en la literatura de su país, estudiando la lengua, el colorido local, las

costumbres de los españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse a oír con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán de las cosas de Francia aquellos mismos que tan humana acogida están recibiendo en esta hospitalaria nación. Sólo una docilidad a toda prueba y una grandísima despreocupación pueden granjear al extranjero el honor de ser visto sin desagrado como individuo o tal vez de ser positivamente excluido de la susodicha tertulia española y emigrada.

Otras variedades hay del tipo emigrado, pero muy secundarias y que poco o ningún carácter general presentan al observador, pues lo que tienen son comunes con el otro tipo arriba indicado del español fuera de España, tipo que no renunciamos a bosquejar.

Terminaré este artículo con algunas consideraciones, de las que prometí al principio, sobre las ventajas e inconvenientes de las emigraciones.

Las emigraciones políticas ¿son un bien o un mal para el país de donde salen y en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace a sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es emigrado, porque claro está que, mientras dura su emigración, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea de dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilización habría sido mucho más lenta y probablemente menos segura; porque no hay emigrado, por rudo y desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente o por fuerza una multitud de observaciones y comparaciones, que a su vuelta aplica o comunica con cierta vanidad a sus amigos y compatriotas. El uno observa el progreso o atraso de las artes mecánicas; el otro, las costumbres domésticas y familiares; éste se pone a traducir mal o bien los libros que cree pueden ser útiles o por lo menos venderse en su patria. Algunos estudian los métodos más aventajados en tal o cual ramo de industria o de la agricultura; no pocos se dedican a enseñar su propia lengua, y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte o su situación particular les permite residir; varios aprenden un oficio a que tal vez tenían inclinación cuando eran jóvenes, o de que poseían ya algunas nociones elementales; quién hace valer las habilidades que aprendió por sólo recreo, y enseñándolas se perfecciona en ellas; quien adquiere aplicación al trabajo, cuando antes era un haragán de por vida; los más leen una multitud de libros o periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamás si hubiesen permanecido en su país; todos aprenden bien o mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenía por necesidades indispensables; y, por último, ninguno deja de pensar en su país a cada cosa buena que ve en el que accidentalmente se encuentra, y que no desee llevar o introducir para bien de su patria, siendo, a nuestro entender, las emigraciones, uno de los mayores estímulos al verdadero patriotismo, como que en general todo emigrado ama más a su patria cuando nunca había salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexión acostumbran oponerse algunos que con la emigración suele, si no perderse, a lo menos debilitarse eso que han dado en llamar nacionalidad. Pero antes de decidir

esta cuestión nos parece que convendría ponernos de acuerdo sobre lo que se entiende y debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer a todas las naciones extranjeras, como hicieron los judíos desde que se escaparon de Egipto y se reunieron por primera vez en cuerpo de nación, obedeciendo al pie de la letra lo que les decía la ley de Moisés, a saber: «Las naciones extranjeras que no adoran al verdadero Dios no son nada para él: vosotros debéis sujetarlas y exterminarlas». Semejante nacionalidad ni la queremos ni la deseamos para España ni para ningún otro pueblo del mundo. Si se entiende también por esta voz aquella bárbara y grandiosa resolución, que se atribuye a los romanos casi desde la cuna de su imperio, de dominar a todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traición, arrogándose el derecho de matar o hacer esclavos a los vencidos y cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: *Adversus hostem* (*hostis* aquí quiere decir extranjero) *perpetua auctoritas esto*, tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamás ha producido ni tenido otro origen que la injusticia. Y, por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido, y parece que siguen entendiendo, los ingleses y los rusos es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar y hacer suyo todo lo que puedan adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo y la piratería. Así hemos visto a Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando a casi todas las naciones, muy particularmente a la nuestra, de las posesiones que habíamos adquirido legítimamente en ambos hemisferios; y así vemos a la Rusia absorber poco a poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que la entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparición sobre la tierra; es decir, procurando mirar, como hermanos a todos los demás hombres, sin perjuicio de que cada nación procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas y de intereses, así materiales como morales. Cuanta mayor unidad haya en estos tres caracteres esencialmente constitutivos, más firme, más compacta y vigorosa será la nacionalidad. Hay gentes tan estrechas en sus ideas o tan mezquinas en sus juicios, que con sólo ver que los emigrados, y particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven a su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, o prefiriendo esta o la otra manera de comer o de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal o la tal han perdido su nacionalidad, y gracias sí no propalan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad ni la moralidad consistiesen en la forma de un sombrero o en comer a las cinco o a la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades sólo probarla que desde que dejamos de usar las anguarinas y las calzas atacadas hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaremos que ha habido, hay y habrá muchos emigrados, y aun simples viajeros, para quienes la estación más o menos prolongada en extraños países no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles o ridículas, un pretexto para despreciar o hacer despreciable su propio país, y un modelo tal vez de vicio y corrupción que acaso no hubiera

tenido la desgracia de copiar no habiendo salido de su patria. Admitimos también y vemos con harta pena, muchos fatuos que desde que un sastre los viste a la francesa o a la inglesa ponen todo su conato en remedar no los usos, sino hasta los movimientos, las frases más o menos estropeadas y, en general, todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal o cual país; que no repararán en traducir malditamente las expresiones más usuales, haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua ajena y de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre inteligente que los escucha de que no han aprendido la una y han procurado olvidar la otra. Pero ¿qué especie de gente son las que se hacen notar por este defecto, y cuántos podrán contarse en cada emigración? Desde luego, nos atrevemos a asegurar que no hay uno por ciento en quien se eche de ver semejante ridiculez, al paso que podríamos citar muchísimos a quienes ha servido de mucho el conocimiento más perfecto que han adquirido de un idioma extraño para limar y corregir el suyo, y sobre todo para estimarle más y más en fuerza de la comparación. Lo que nos parece un axioma es que, para saber amar a la patria y para aprender a servirla, es menester haber salido de ella, pero con instrucción anticipada, sin que a esto deje de haber algunas honrosas excepciones...

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensación en la masa del numerario, que necesariamente obligan a extraer estas peregrinaciones forzadas, a que tanta frecuencia están dando lugar nuestras discordias políticas y los efímeros triunfos de los partidos!...

Pero ¿se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas y sólo producen en nuestro sentir un solo perjuicio, deben los gobiernos promoverlas, o cuando menos no economizarlas? No, de ninguna manera; pues, a pesar de ser evidentísimo cuanto acabamos de exponer, a nadie más que a los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones, lejos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian, por el contrario, su propia debilidad, y tal vez también la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia, como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que a veces llegan a exceder de diez, de quince o veinte mil puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque, como ya hemos repetido dos veces, son una señal infalible de que el Gobierno está supeditado por la opinión, no del pueblo -esto sería generalmente un bien-, sino por el capricho, la ignorancia y las malas pasiones del populacho o, lo que es lo mismo, de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita y pierde su consideración con las potencias extranjeras un Gobierno cuyos súbditos tienen que huir por no encontrar protección ni en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. Y, por último, porque, repetimos, las emigraciones son un signo de debilidad, así como las amnistías son una señal de fuerza y de confianza en su derecho.

¡Plegue a Dios que estas ligeras reflexiones sirvan, a lo menos, para excitar otras más profundas en los que sepan hacerlas, y sobre todo para poner término a la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente víctimas o verdugos de las opiniones que les eran

contrarias!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

